

ARTES Y LETRAS

REVISTA ILUSTRADA

ARTE

Bajo cero—Recuerdos de un viaje á Italia, por A. Riquer.—*Recuerdos de París*, dibujo á la pluma por José Luis Pellicer.—*Danza pompeyana*, por Coomans (foto-gravura Goupil).

REDACCIÓN

D. BENITO PÉREZ GALDÓS | D. EUGENIO SELLÉS
 » LEOPOLDO ALAS | » ARMANDO PALACIO VALDÉS
 D. JOSÉ YXART

COLABORADORES: LOS PRINCIPALES LITERATOS ESPAÑOLES

LETRAS

Recuerdos de infancia, por D. Narciso Oller.—*Aguas fuertes*, por D. Armando Palacio Valdés.—*Propaganda*, por Clarín.—*Guillermo Forteza*, por D. José Sardá.

AÑO 1882

Barcelona, 1.º de Diciembre

NÚM. 5



BAJO CERO, DIBUJO DE A. RIQUER

RECUERDOS DE INFANCIA



UANDO era niño aún, en mi pueblo dominaba el salvajismo. El mal ejemplo de las guerras y trastornos que ocurrieron casi sin interrupción desde el año 8 al 45, había acostumbrado á mis convecinos á matarse, á arrancarse mutuamente el alma, á veces por un quitame allá estas pajas.

Á personas de reconocida conciencia, había oído ponderar como heroicidad el comportamiento

estrafalario de nuestros bagajeros de la guerra del año 8 que acababan cobardemente con la mayor parte de los heridos franceses al trasladarlos, y recuerdo aún con qué fruición se narraban los sangrientos desquites y crueldades de la guerra de los siete años. Hijos y hermanos de las víctimas quedaban todavía para oírlo y en lo más íntimo de su corazón acariciaban la hora de lo que ellos llamaban «hacerse justicia.» Una vez descubierto el objeto de sus odios, cuando éste menos lo esperaba, clavábanle un puñal por la espalda, y allá quedaba tendido, yerto el desdichado, sin que la autoridad pudiera dar con el matador. Si alguien había visto el crimen se lo callaba, quien por miedo,

quien por abrigar iguales designios, otros merced á una singular aberración del sentido moral que les hacía compadecer al criminal, pensando en lo que habría éste sufrido al perder á uno de los suyos.

Era, pues, aquel, un estado deplorable. Falta aún la villa de alumbrado público, una mitad del año no podíamos salir á la calle de noche, sin una linterna en la mano, y más de una vez hubimos de retroceder aterrados, viendo á su trémula luz el informe cadáver de un hombre atravesado al pié de una esquina. Y á pesar de esto, dormíamos con la casa abierta, sin soñar con ladrones y veraneábamos tranquilamente en nuestra casa de campo, rodeada de bosques bastante ceñudos y desiertos para que

de cuando en cuando bajase á visitarnos algún lobo. Recuerdo perfectamente haber oído sus aullidos y visto centellear las chispas fosfóricas de sus ojos sobre la negrura de la noche, desde la rendija por donde le atisbaba con mi madre, temblando y agarrado á sus faldas.

Pero ni esta impresión, que la hora y la impo- nente quietud de la naturaleza adormecida debían hacer más intensa y profunda, quedó en mí tan hondamente grabada como la que voy á describir.

Mi familia habitaba en el pueblo una casa anti- gua, muy grande; un verdadero caserón, que tenía detrás su huerto, poblado, á la noche, del misterio con que se arrebujaba la vegetación; sus bodegas subterráneas, grandiosas y de tan elevadas naves que parecían iglesias; sus graneros y desvanes, cementerio de recuerdos donde iban á parar los trastos viejos, amontonados en fantásticos grupos; corredores larguísimos y oscuros y una grande escalera de piedra sólo en un corto trecho alumbrada por un farol. No hay que decir si poblaría de fantasmas aquellos lóbregos espacios mi infantil imaginación, hartó exaltada ya por cuentos de vieja y espantables episodios de la misma villa.

Era mi familia bastante numerosa; abundaba en ella la gente joven y su buen humor atraía á la casa, cada noche, animada tertulia. Solíamos cenar tarde, y yo, que había dormitado ya sobre las rugosas páginas de mi Fleury ó de mi Aritmética, una vez en el salón, indiferente á la tertulia, enrosca- bame cómodamente dentro de colosal poltrona que me guarecía del aire, y dormía... dormía á mi sabor. Con esto, cuando íbamos á cenar, bajaba siempre la escalera muy abrazadito á mi madre, más dis- puesto á soñar que á otra cosa. Llegábamos al comedor del entresuelo; mis parientes, animados aún por la conversación, sentábanse en torno á la gran mesa muy alegres, pero yo me acercaba á ella con escalofríos tales que hasta sentía pereza de tocar la loza y aquellos cubiertos de punzante brillo. Decidíame por fin á comer y todo era engullir sin saborear nada, esperando la hora bendita de acostarnos: es decir, de subir bien acompañado la gran escalera y entrar en aquel inmenso principal con garantía de no quedarme solo, mientras el ángel, á quien me hacía encomendar mi madre al desnudarme, velase mi sueño. Sólo la idea de hallarme abandonado en medio de aquellos salonazos oscuros llenábame de espanto.

Debo advertir aquí, que, si como llevo dicho, no se preocupaba mi familia de que estuviese cerrado ó no el portal, para mí era ésta cuestión importantísima cada noche. Una vez en la escalera, al salir del entresuelo, mis ojos resbalaban sin querer hacia el cancel que divisaba abajo entre la oscuridad; inflamado mi magín por el miedo, salvaba la espesura de las tablas y se imaginaba la calle, ora oscurísima, ora bañada de azulada luz de luna, con hombres atravesados en el suelo fantásticamente manchados de sombra, sino colocaba además, arri- mados á las esquinas, traidores embozados hasta los ojos en gruesas mantas. Todo esto pasaba por mi fantasía, como por un espejo á media luz. Yo temblaba, apretaba el paso, y dirigía á mi dulce madre la pregunta de siempre:

—¿Han cerrado ya el portal?

La interpelada repetía la pregunta en tono más recio, y del fondo de la sala que dejábamos atrás, solía responder la bronca y adormecida voz del mozo de mulas:

—Vayan ustedes con Dios, vayan ustedes.

Nunca, ¡jamás logré oír que contestara categó- ricamente sí ó nó!

Cenando estábamos una noche en aquella gran mesa, más animados quizás que de costumbre, gra- cias á la grata presencia de un buen amigo de la familia, el juez, joven aficionado á trasnochar, que procuraba cuanto podía alargar la tertulia. Hombre de mundo, de mucho palique y alegre, su conver- sación nos cautivaba á todos. Tal era su donaire

aquella noche, que hasta había logrado desvelarme á mí, poco há tan amodorrado en la colosal poltrona. Quizá por vez primera en la vida, érame grata la luz de aquella lámpara solar, que alumbraba la mesa, aumentando la fría blancura de los manteles y descomponiéndose en tornasoles, dentro el líquido de las copas. Rato hacía que no cesaban las alegres risotadas de mi tío el mayorazgo, de mi madre, de sus hermanos y hermanas aún jovencitas, cuando de súbito nos ahogó la voz un rudo porrazo del cancel, que pareció estrellarse contra la pared de abajo.

Nos miramos unos á otros sobrecogidos, inte- rrogamos la mampara, trepidó el piso, la mampara se abrió con estrépito, y saltó junto á mí un hom- bre desconocido, demudado, despavorido, manchado de sangre.

—¡Señor, sálveme; acabo de matar á un hom- bre!—dijo con voz quebrada, los ojos fuera de la órbita, sin ver indudablemente á nadie, más que á mí tío.

Un espantoso grito de las señoras siguió á la horrible declaración. Los hombres botaron de la silla, y yo, presa de violento temblor, me arrojé en brazos de mi madre, sin perder de vista á aquel hombre de semblante desencajado, que no se me despintará jamás. Era bajito, membrudo, de facio- nes bastas, barbi-lampiño, estaba blanco como la cera, tenía una herida en la sien que le chorreaba sangre encima la oreja, y le goteaba por el cuello hasta perderse en el velludo pecho, que dejaba entrever su abierta camisa. Tenía también ensan- grentadas sus manos de santo de piedra empolvado, y en su mísero traje, observábanse evidentes seña- les de lucha, lodo, sangre y arañazos. Ni una mala gorra cubría su cabeza; diríase que aquellos cabellos irsutos la habrían botado. Mas lo que á mí me horripiló principalmente, fueron aquel chorro de sangre, aquella nariz achatada, aquellos ojos de fiera acorralada, de expresión indefinible.

Un momento tan sólo de vacilación encadenó todas las voluntades. El juez se había levantado también, y su primer movimiento fué el de echar mano al criminal; pero apercibióse el menor de mis tíos, é interponiéndose con rapidez, dió tiempo á que llegara el mayorazgo. Cogió éste de la manga á aquel desdichado y desapareció con él, deteniendo á la autoridad con una mirada avasalladora é im- ponente.

Un minuto después volvía á estar entre nos- otros, alegando con mirada conciliadora sus deberes de hospitalidad, que ni al criminal sabía negar en momentos tales. Comprendiólo el juez, le tendió la mano, y estrechándose la conmovido, despidióse en cortas frases. «El amigo, sólo el amigo, había estado allí hasta entonces: la autoridad no había visto nada; pero en la calle había habido cuchilladas, el juez iba á instruir el sumario.»

Y sin continuar nuestra cena, sin saber nadie dónde había mi tío escondido á aquel infeliz, hen- chidos de espanto, mudos, nos acostamos para no cerrar el ojo en toda la noche. ¡Qué larga, qué triste fué para mí! Intentaba conciliar el sueño, y aparecíame en el vacío de la oscuridad, aquel rostro lívido, con su chorro de sangre en la sien, con sus ojos horribles, aquellos ojos que me llenaban de terror.

Ni al siguiente día, ni nunca más, pude saber por dónde logró escapar el hombre aquél, ni el tribunal logró más que yo.

Salvólo la hospitalidad de mi casa, y ni él me conoce, ni yo sé de él más de lo que acabo de nar- rar. Su rostro, sin embargo, me ha aparecido en sueños tantas veces que os lo dibujaría, bien seguro, no obstante, de que por fiel que fuese el lápiz, nadie conocería al original, porque si no ha muerto, el arrepentimiento ha de haberle borrado el semblante de aquella horrible noche.

NARCISO OLLER.

AGUAS FUERTES

EL RETIRO DE MADRID

III

EL ESTANQUE GRANDE



PENAS se deja atrás la famosa puerta de Alcalá y se dan algunos pasos por la calle de árboles que nos lleva á lo interior del Retiro, empieza á refrescar el rostro un vientecillo ligero y húmedo y con infulas de marino. El corazón y los pulmones se dilatan, se cierran involunta- riamente los ojos para recibir el beso blan- do de aquella brisa y acuden vagamente á

la memoria playas, olas, peñascos, barcos, gaviotas y sobre todo los horizontes dilatados del océano que convidan á soñar. Continúad, continuad con los ojos cerrados; no temáis tropezar con nada; la calle es ancha y los coches no ruedan por aquel sitio. Durante algu- nos instantes podeis meceros sin riesgo en esa grata ilusión marítima por la cual habeis pagado ya vuestra contribución. Sin embargo, no os aconsejo que los lle- veis cerrados mucho tiempo, porque, al cabo, en nin- gún sitio de Madrid se está libre de un mal tropiezo.

Yo no diré que cuando abrais los ojos os encontréis frente al mar; semejante exageración serviría tan sólo para desacreditar los nobilísimos propósitos del poder ejecutivo, dado que este nunca pensó, á mi entender, en fundar un océano en Madrid y si únicamente un epitome ó compendio de él. Pero si no frente al mar, os hallais por lo menos frente á una cantidad de agua que divertirá y lisonjeará vuestras aficiones marinas, aun- que no las satisfaga por entero. Las audacias de tal masa de agua están refrenadas por unos sencillos mu- ros de ladrillo, sobre los cuales hay una verja de hierro no muy alta.

Cuando os inclineis sobre esta verja para examinar de cerca el océano del Ayuntamiento, tal vez conven- gais con la mayoría de los vecinos de Madrid en que sus aguas no son lo bastante limpias y claras, y que la corporación municipal haría muy bien en renovarlas con frecuencia si se propone, como es lo más seguro, halagar con ellas los sentimientos naturalistas y poéti- cos del vecindario. No obstante, en ocasiones, esas aguas verdes y cenagosas se rizan blandamente al soplo de la brisa, lo mismo que el lago más hermoso, y á veces también, en la hora del medio día, estando el cielo límpido, despiden vivos y gratos reflejos azules. Le pasa al estanque lo que á las mujeres feas; todas ellas tienen instantes, posturas ó movimientos agradables.

He indicado como lo más seguro que la fundación de dicho estanque debese á la conveniencia de infundir en el espíritu del pueblo madrileño ciertas tendencias poéticas y naturalistas. En efecto, comprendiendo el Ayuntamiento (como no podía menos de comprender) que en las grandes capitales como esta, el amor de la naturaleza anda muy descuidado y por consecuencia de ello la sensibilidad del vecindario no recibe el cultivo indispensable para preservarlo de las garras del grose- ro positivismo, hizo y hace laudables esfuerzos por mantener vivo en todas las clases sociales un romancismo urbano y municipal en armonía con las necesidades del corazón y con la partida que en el presupuesto se le destina. Ningún orden de la naturaleza se ha escapado á su beneficiosa gestión. Las selvas umbrosas é impe- netrables, llenas de colores y armonías que se admiran en las soledades de América, están representadas por las espesuras del Retiro y por los bosques de la plazuela de Oriente, de la plazuela de Santo Domingo y otras plazuelas menos conocidas. El prurito de contemplar y recrearse con las altas montañas sobre cuya cima el pensamiento del hombre, como las nubes del espacio, reposa de sus fatigas, encuentra dulce satisfacción en la *montaña rusa*. Y por último, la aspiración enérgica del espíritu á meditar tristemente ante la inmensidad del océano que nos revela los arcanos del infinito, obtiene respuesta adecuada, sino cumplida, en las riberas del *estanque grande*. Aquí, sin embargo, se ofreció una pe- queña dificultad. Es verdad que la contemplación del mar enaltece mucho el espíritu y lo purifica, pero no es menos cierto que también lo turba y oscurece con sus ásperas impresiones. Á fin de hacer frente á este peligro psicológico, el Ayuntamiento quiso acudir á un expediente seguro; acudió á la cooperación de los cis- nes y los patos. En efecto, estos animales acuáticos, por su mansedumbre y afabilidad son muy aptos para in- fundir en el corazón del hombre risueñas ideas y senti- mientos de paz, y á propósito por tanto para contra- restar la impresión fuerte y abrumadora que no puede menos de dejar en el ánimo un estanque de la magni- tud de el del Retiro. Se introdujeron, pues, en dicho estanque como obra de una docena de tales animales entre cisnes y patos encargados de secundar los genero- sos planes del municipio, recibiendo por ello el neces- ario alimento. Y debemos manifestar en conciencia que las inocentes aves desempeñan su papel con maestría

y ganan sus cortezas de pan honradamente. Véase sino ¡cuán gallardamente cruzan el estanque en todas direcciones cual si resbalaran por el agua á impulsos del viento y no por virtud del movimiento de sus palmas! Observemos sus posturas caprichosas y fantásticas; de qué modo tan pintoresco extienden las alas sobre el agua, levantando nubecillas de espuma, ó sumerjen la cabeza para atrapar un insecto, ó la ocultan bajo el ala ó levantan el vuelo inesperadamente para dejarse caer á los pocos pasos llenos de pereza y molicie sobre su elástico lecho, como un sátrapa sobre un diván de pluma. Nadie dudará que todo esto ofrece un tinte tan bucólico y pastoril que no puede menos de producir el efecto apetecido. Por muy exaltado que el ánimo se encuentre, es imposible que no ceda á los esfuerzos combinados de aquella docena de patos.

Navegan también en el estanque muchedumbre de botes, lanchas, canoas y otras embarcaciones de diversas formas y tamaños. Los días de fiesta suele cruzar por el horizonte un vapor que no se cansa jamás de silbar. Parece un espectador de los dramas de Catalina. He querido saber cuál era el precio del pasaje y me han dicho que por recorrer todas las costas del estanque deteniéndose en los puntos más notables y dignos de verse, se pagaba, en cámara de primera, cuatro cuartos. Pero es fácil de comprender que estos viajes de itinerario forzoso, no convienen más que á las personas de poca imaginación y de sentimientos vulgares y limitados. Los espíritus fantásticos y aventureros gustan más de viajar sin itinerario. Hay, pues, mucha gente que prefiere tripular los botes y canoas navegando sin rumbo prefijado y deteniéndose donde bien les place el tiempo que tienen por conveniente. El amor á la naturaleza y el deseo de conocer las rudas faenas de la mar les arrastra á despojarse de la levita y á empuñar los remos con las manos cubiertas de sortijas. Desde este momento su fisonomía se contrae duramente y toma la expresión siniestra y terrible de los piratas; sus movimientos son torpes y pesados como los de un lobo de mar. Cuando pasan cerca de la costa y ven una niñera más ó menos gentil que les contempla absorta y admirada, se suelen guñar el ojo con cierta malicia ruda, exclamando con voz ronca: «¡Ohé, muchachos, una fragata á barlovento!»

Á otros les da por lo sentimental, y el espectáculo de las aguas dormidas del lago les recuerda las novelas venecianas ó las baladas de la Suiza: se dejan balancear dulcemente, inmóviles y apoyados sobre el remo, fijan la vista en un punto del espacio con expresión amarga, propia de corazones lacerados, y prorumpen á veces en tiernas barcarolas que han aprendido en el teatro Real.

Lo mismo las aventuras maravillosas de los unos que las barcarolas de los otros cesan repentinamente así que se escucha una voz poderosa, inmensa como la de Neptuno que llega en alas del viento á todas las riberas del estanque: «Esquifé número siete (pausa solemne).... la hora.» Inmediatamente la embarcación después de ejecutar las maniobras indispensables, dirige su rumbo hácia el puerto. Si llega con felicidad á él, como ordinariamente acontece, la tripulación rendida y jadeante, no tarda en saltar sobre el muelle, limpiándose los pantalones con el pañuelo para después restituirse alegremente al seno de sus familias.

IV

LA CASA DE FIERAS

No sé de cuándo data la institución de que quiero dar cuenta: es posible que haya nacido bajo el gobierno paternal del Sr. Moyano, aunque no lo afirmo. Antes de ponerme á escribir de ella, quizá debiera examinar algunos documentos referentes á su erección y desenvolvimiento á fin de que las futuras generaciones, cuando lean el presente estudio, sepan á quién deben las fieras el piadoso hospital que hoy disfrutan. Prefiero, no obstante, improvisar algunas cuartillas, que caeran fuera de los dominios de la ciencia histórica, hacia la cual me siento antes de almorzar poco inclinado.

Á unas cien varas del estanque grande se alza el famoso hospicio donde un gobierno atento á las necesidades morales de sus contribuyentes ha colocado media docena de bestias feroces y veinte ó treinta micos con el objeto de recrear y al propio tiempo vigorizar á la guarnición de Madrid. Así como los cisnes del estanque reciben sus emolumentos para despertar en los indígenas ideas bucólicas y sentimientos pastoriles, las alimañas de la Casa de fieras han venido ex-profeso de los desiertos de África para infundir en la clase de tropa la ferocidad que suele perder en el trato íntimo de criadas y costureras. Y es de admirar realmente el acierto que ha presidido á la elección de estos terribles animales y con qué esmero se han procurado utilizar sus diversas aptitudes. Por ejemplo, á nadie puede caber duda de que el león ha sido traído para despertar en el corazón de los espectadores la nobleza y la bravura, como el leopardo la fiereza, el lobo la rapidez, la hiena la crueldad, el mono la astucia y el oso la sangre fría. La española infantería al recorrer por las tardes en la grata compañía de sus patronas las jaulas del establecimiento, se

siente regenerada y dispuesta á habérselas con todo linaje de republicanos feroces y dañinos, mansos ó amansados.

Las fieras, como es lógico, conocen de vista á todos los reclutas de la guarnición, y no sólo á los reclutas sino á sus parientes y amigos. El mejor obsequio que se puede hacer á un forastero después de beber unas copas de ron y marrasquino, es llevarle á la Casa de fieras y pasearle un buen rato en torno de la jaula de los micos. «Anda, anda, que *Grabiél* bien se divierte por allá por Madrid..... no se esté con *cuñiao* por él tía Rosa..... *toa* la tarde se la pasa mira que te mira á los micos en un sitio que llama la Casa de fieras, que le digo, así Dios me salve, que no hay otra cosa que ver en Madrid.»

El soldado español es además de bizarro, sufrido, frugal, pundonoroso, etc., etc., chispeante en el pensamiento y ático en la frase. Nadie lo ha puesto en duda. Pues bien, esta sal y este aticismo con que la naturaleza dotó á nuestro ejército y muy singularmente al arma de infantería, se aumenta en un cincuenta por ciento lo menos cuando pasea por los jardines de la Casa de fieras. En aquellos amenos parajes, delante de la jaula del león africano ó del tigre de Bengala ó del tití de las Indias es donde el regocijado ingenio de nuestros quintos derrama los tesoros de su gracia; allí donde se escuchan las frases espirituales, los dichos agudos; allí donde revientan los epigramas acerados, los discretos razonamientos. Parado en frente de la jaula del leopardo, que duerme tranquilo en un rincón, el quinto suele decirle en tono de zumba: «¡Anda tú, dormidor! ¿No te cansas de dormir, tuno? ¿Estás á gusto, eh gran ladrón?» — Pasa inmediatamente á la del león y vierte sobre él otra granizada de chistes. — «¡*Miale, miale*, qué boca abre el cochino! ¿Nos almorzarías de buena gana, verdad? Pues, amigo, *pacencia* y llamar á cachano, que *loos* semos hijos de Dios. Manolo, *arrepára* qué melenas; ¡*paecen* los pelos del tío Farruco!»

El recluta se hincha en tales ocasiones porque tiene público: en pos de él hay siempre media docena de robustas criadas de la Alcarria que le escuchan embelesadas y le siguen con afán. ¡Cómo se desternillan de risa! ¡Cómo paladean los chistes del donoso soldado! Nadie penetra como ellas el sentido íntimo de sus frases, ni puede apreciar tan bien la delicadeza nerviosa de su humorismo. Entre el recluta y las criadas se engendra inmediatamente una misteriosa corriente de simpatía, mediante la que el fondo poético de sus corazones y todos los dulces pensamientos y vagas aspiraciones de su espíritu se confunden. El recluta siente en el occipucio los ojos de las alcarreñas que le excitan á mostrarse cada vez más agudo y espiritual, y estas advierten con inocente alegría que aquel derroche de gracia y de ingenio no es otra cosa que un fervoroso homenaje de adoración que el gentil recluta les dedica. Allá, á la hora del crepúsculo, cuando las nieblas descienden al fondo de los valles y el céfiro pliega sus alas sobre las flores, Manolo suele pegar un tremendo empujón á su amigo *Grabiél* que le hace caer sobre el grupo de criadas, las cuales reciben el golpe como una manifestación de respeto y galantería. Á partir del empujón, entre reclutas y criadas se establece una amistad inalterable. Y la ferocidad que el ejército ha ganado por un lado la pierde inmediatamente por el otro, viniendo abajo de esta suerte la obra paternal de la Administración.

Antes de dar por terminado este artículo, necesito delatar á la corporación municipal un abuso que redundará en menoscabo del país y descrédito de la importante institución en que me estoy ocupando. Por muy sensible que me sea el decirlo, es lo cierto que las fieras del municipio no cumplen debidamente con su cometido. ¿Para qué han sido traídos estos animales de los desiertos de África y Asia á costa de mil sacrificios pecuniarios? Ya hemos dicho que para infundir energía y vigorizar al pueblo y al ejército. Pues bien, yo no sé cómo han llenado su deber en los primeros tiempos; más en la actualidad puedo decir que están muy lejos de desempeñarlo con la exactitud y el celo apetecidos. En vez de mostrar una actitud imponente que sobrecoja y atemorice el ánimo, en vez de rugir y echar centellas por los ojos, y sacudir las rejas de la jaula con el aparato del que quiere saltar fuera y devorar en un credo á todos los espectadores, se pasan la mayor parte del día en letargo vergonzoso, tirados en un rincón como objetos inanimados, sin que las excitaciones del respetable público logren hacerles menear siquiera la cola. Cuando por casualidad se les encuentra de pie, no hacen otra cosa que pasear tranquilamente por la celda sin desplegar ninguna especie de ferocidad, como un poeta lírico que estuviese meditando algún soneto enrevesado para la *Ilustración española y americana*: cuando abren la boca y estiran las garras, nunca es en són de amenaza sino para desperzarse groseramente; y si tal vez que otra les da la humorada de rugir, lo hacen con tanta delicadeza que más que de devorarlos parece que tratan de enterarse de la salud de los espectadores.

Es necesario cortar este abuso. ¿Cómo? Buscando el origen y destruyendo la causa. El origen de tal apatía y negligencia por parte de estos animales no puede ser otro que el no dárselos el sustento necesario. Las bestias de la Casa de fieras pertenecen á la clase docente y como el profesorado en general están muy mal retribuidas: tienen los huesos salientes, el pellejo arrugado, el

aspecto miserable y triste. Un profesor amigo mío, (que también tiene los huesos salientes y el pellejo arrugado) me decía no ha mucho tiempo que él no enseñaba más ciencia que la equivalente á los doce mil reales que le daban. Las fieras deben seguir el mismo sistema. Auménteseles, pues, el sueldo, déseles las piltrafas suficientes y el Ayuntamiento verá sus cátedras de energía y ferocidad perfectamente desempeñadas.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

PROPAGANDA

DEL ESTILO EN LA NOVELA

(Conclusión)



OR fortuna del naturalismo, el único de los grandes novelistas que sin rebozo se declara valientemente su partidario es el mejor de todos, Benito Pérez Galdós. Bien se puede decir: no hay más que un novelista que siga por completo las nuevas tendencias del arte, pero ese vale por todos juntos.

Pérez Galdós es, sin ningún género de duda, el primer escritor de España; hace poco tiempo esto lo creían muy pocos, era una afirmación escandalosa para los más; hoy va creyéndolo el público entero que agota una y otra edición de los treinta y un volúmenes que ha escrito este ingenio original, popular, poderoso y fecundo. En nueve años Galdós ha escrito *La Fontana de Oro*, una obra admirable, *El Audaz*, veinte *Episodios nacionales* (dos series), *Doña Perfecta*, *Gloria* (dos tomos), *Marianela*, *La familia de León Roch*, (tres tomos), *La Desheredada* y *El amigo Manso*. ¡Y tiene treinta y siete años! Si le habláis os dirá que aún no ha hecho nada. Únicamente *La Desheredada* le parece á él una cosa regular; lo demás cree que es cosa de juego. Más vale que él sea así. La modestia falsa vale más que la vanidad descarada; la modestia verdadera es un tesoro. Galdós tiene ese tesoro. Le tratis un día y otro, años y años: su modestia resiste á todas las pruebas; no hay brecha posible en la vanidad de este hombre porque... no hay vanidad. Recordemos la correspondencia de Balzac; este grande hombre escribía á su madre que esperase, que él llegaría á producir algo bueno ¡y esto lo decía después de haber hecho *La Cousine Bete*, *Le Père Goriot* y *Eugenie Grandet*! Galdós se morirá también creyendo que aún no ha escrito su novela. Es preciso tratarle mucho para comprender á qué punto llega su ignorancia del mérito de sus obras. Cree firmemente que *Marianela* es una debilidad de la fantasía, un homenaje al idealismo trasnochado; que *León Roch* es una caída de tres pisos (palabras de Galdós); que el *Amigo Manso* no es más que un capricho á manera de intermedio ó descanso entre dos obras serias; que *Los Episodios nacionales* no son verdaderas novelas. Y por último, Galdós cree á piés juntillas que *Pepita Jiménez* vale más que cuánto él ha escrito, y que Pereda puede ser, y es su maestro. (Esto lo ha escrito Pérez Galdós)... Si tamaña modestia le perjudicara en algo como novelista, sería preciso combatir esta especie de anemia del amor propio; pero á Dios gracias, Galdós artista en todo, hasta el fondo del alma, no piensa al producir más que en la belleza que produce; no atiende á la fama, ni al público. ¡Oh, si Galdós quisiera detenerse á meditar en la triste condición del escritor que en España se eleva á la altura á que él ha llegado!... ¡Qué decepciones, qué frialdad en torno, qué envidias haciéndose las distraídas, qué falta de aire para respirar y para volar! Pero él no piensa en eso; no piensa en un público determinado, y es que sin darse cuenta, atiende al público que á los hombres como él corresponde: la posteridad.

Los que dicen, con razón hasta cierto punto, que un escritor para ser realmente de primer orden, para merecer un lugar suyo, sólo suyo en la historia de la literatura, necesita ser intérprete del genio nacional, no podrán negar por esto á Galdós la gerarquía de gran literato, porque es puramente nacional su carácter de novelista, y con tal arraigo está en él lo castizo, que ha tenido el gran mérito de acoger teorías y prácticas del arte, según es ya en otros países, y, sin embargo, nada hay en sus novelas que huela á extranjerismo. Así, por ejemplo, Galdós ha querido defender la conciencia libre, la religión natural, y no ha necesitado imitar á escritores extranjeros, ni en ideas, ni en estilo, ni en procedimientos artísticos; ha sabido hacer español este asunto, implantar el problema religioso en España con toda naturalidad, sin falsificar el medio social, á pesar de los tradicionales obstáculos que á ello se oponían. Dígalos *Doña Perfecta*, donde el estudio del fanatismo está hecho en las entrañas de la patria, de la manera más castiza posible. Estos y otros asuntos de pura idealidad, más altos de lo que suele andar el pensamiento



RECUERDOS DE PARÍS, DIBUJO A LA PLUMA DE J. LUÍS PELLICER



RECUERDOS DE ITALIA, DIBUJO DE A. RIQUER

común en España, ha sabido tratarlos Galdós tan á la española, que un público tan poco acostumbrado como el nuestro á tamañas filosofías ha entendido y ha aprobado las enseñanzas de Galdós, que supo llegar á su espíritu distraído con los recursos de un arte primoroso. No hay una sola novela de Galdós que no sea puramente española, á pesar de tener en cuenta el autor en muchas de ellas, todo lo que fuera de aquí comienza á ser el medio ambiente, natural de este género de literatura. ¡Mérito insigne del escritor, que no todos se han parado á considerar para admirarlo!...

Pero teniendo que concretarme ya al estilo, asunto inmediato de estos artículos, voy á examinar brevemente las cualidades que recomiendan el de Galdós.

Como en todo, se nota en el estilo de este escritor un progreso incesante desde sus primeras novelas. Quien lee *Trafalgar* y lee después el *Amigo Manso*, no dice que se trata de otro hombre, pero sí que el Galdós del primero es al del segundo lo que el pilluelo que fletaba barcos en la caleta de Cádiz es al Araceli que llega á los más altos puestos en *La Batalla de los Arapiles*.

Primero se ve un gran adelanto en el lenguaje: Galdós ahora sabe mucho más diccionario que entonces, y merced á conocer mejor los recursos que en giros y frases le suministra la lengua, es más fácil y más correcto, al continuar siendo natural como siempre. Su sencillez en los primeros libros era un poco imitada de la sencillez de nuestros clásicos; en lo patético, como nuestros clásicos también, era más abundante, armonioso y noble que tierno y sincero; los discursos de sus personajes eran más declamatorios. Á veces, es claro, se anuncia ya en aquellas primeras novelas al Galdós que ahora tenemos; en lo cómico, por ejemplo, ya casi parece el mismo. Los últimos episodios de la primera serie ya son un progreso visible; así, por ejemplo, en la *Batalla de los Arapiles*, la narración del místico hermano con que el libro comienza, anuncia al escritor que había de darnos las páginas sublimes de la muerte de Luis Gonzaga en *León Roch*. La segunda serie de los *Episodios*, que fué produciéndose, en parte, alternando con las *Novelas Contemporáneas*, señala ya toda una segunda época en el arte del novelista. Como novelas, estos episodios son con mucho superiores á los de la primera serie, á pesar de que la grandeza del asunto ha dado más popularidad á los primeros libros. *El equipaje del Rey José*, *El terror de 1824*, *El voluntario realista*, son novelas de primer orden, dignas del mismo Dickens; *El Terror* es una especie de Quijote del progresismo inocente, noble y puro; Don Patricio Sarmiento es uno de los personajes cómicos de más gracia que hay en la literatura contemporánea, y poco atrás se queda Don Benigno Borrego. Los últimos episodios de la segunda serie están escritos con prisa, con poco cariño, y como novelas decaen algo; pero en ellos el estilo sigue mejorando; cada vez se hace más rico, más enérgico, más fácil y cada vez más conforme con las exigencias de la novela moderna. Sin embargo, ni en estas obras, ni en las muy excelentes por muchos conceptos de la serie de «Contemporáneas», *Gloria*, *León Roch*, *Doña Perfecta* y *Marianela*, está todavía el maestro del estilo en la novela que vemos en *La Desheredada* y en *El Amigo Manso*. Galdós es aquí ya el profundo observador que sabe lo que debe escoger para copiarlo de la realidad, y que sabe cómo se retrata el mundo natural y ese otro invisible del espíritu que se revela en palabras. La narración y la descripción de *La Desheredada* ya no tienen nada del artificio retórico que quita la ilusión y la claridad á las líneas y á los colores; el autor describe todo lo que ve y como lo ve, como es, sin eufemismos, sin selección inspirada por cánones ajenos al arte, impuestos por una convención arbitraria; pero jamás Galdós describe por describir en esta novela: todo contribuye al efecto de realidad que se busca. Y donde más se nota su grandísimo talento de escritor realista es en el elemento dramático de su *Desheredada* y su *Amigo Manso*. Modelo es de verdad en la descripción de este género la escena de la separación de Isidora y su amante el millonario; y en el diálogo, primor de los primores en la novela *El Amigo Manso*, debe ponerse como ejemplo el de el protagonista y su hermano en casa de la huérfana que los dos aman: aquella naturalidad, aquella verdad, aquel estudio del movimiento de las frases entrecortadas, suspendidas, sobreentendidas, repelidas, desaliñadas, cargadas de ciertas figuras que usa siempre la pasión, producen tal encanto, que yo declaro no haber visto en autor alguno llevada á tal extremo la perfección en este importante y difícil empeño artístico.

En rigor no puedo decir que he estudiado el estilo de Galdós; pero llegar á todos los pormenores que exigiría el análisis fiel y exacto de las bellezas que produce el famoso novelista sería escribir burla burlando un libro y no de poco volumen. Es necesario terminar esta serie enojosa de artículos y dejar para obra más lata, propia del libro, lo que al principio he prometido y veo ahora que no está hecho por completo.

CLARÍN.

GUILLERMO FORTEZA

OBRA CRÍTICA Y LITERARIA. — Tomo I. — Palma de Mallorca: Establecimiento tipográfico de P. J. Gelabert, 1882. — XV, 332 páginas en 8.º



o conocía de Guillermo Forteza más que dos poesías catalanas, muy sentidas por cierto, *Lo que diu la oreneta* y *L' orfanet saboyart*, premiadas en los Juegos Florales barceloneses. Sabía que había muerto en Palma de Mallorca, su patria, el año 73, á los 43 de su edad. Finalmente, había oído hablar de él á varios que le habían conocido en Barcelona y en Madrid donde residió largas temporadas. Contábanme agudezas de ingenio y singularidades de carácter que le pintaban como uno de esos temperamentos que denominamos bohemios, conjuntos extraños de talento y de corazón, activos para el pensar y perezosos para el producir, capaces de sentir todas las pasiones pero inhábiles para vencerlas ó para sacarlas triunfantes, que ambicionan la gloria y se contentan y toman por tal el fugaz aplauso del transeunte que oye sus donosuras, y que, finalmente, van desperdigando en efímeras improvisaciones todo un caudal de ingenio y de sensibilidad que concentrado en una obra de aliento les diera la fama por la cual suspiran, la respetabilidad que van perdiendo y acaso la posición social á que su valer les hacía acreedores.

Calcúlese por todo ello con cuánto placer vería en mis manos el tomo I de sus obras dado á luz por el celo de amigos cariñosos en la *Biblioteca Balear*, y con cuánta curiosidad hojearía sus páginas, ávido de conocer por las obras á quien tan favorablemente juzgaba por la palabra de sus amigos.

No quedaron defraudadas mis esperanzas. Quise por esta razón hacer algo más que una lectura somera, y como el mejor modo de estudiar á fondo una obra es querer hablar de ella, impúseme la tarea de poner en escrito mis observaciones y de contribuir así, en la medida de mis fuerzas, á ahondar el harto leve surco que entre nosotros dejó el malogrado Forteza. Porque es triste considerar cuánto más aisladora que la losa material del sepulcro es la del tiempo. Al fin, queda escrito en aquella un nombre que los venideros podrán un día descifrar y leer. Pocos años bastan, en cambio, para borrar de la memoria de los vivientes aun aquel leve signo con que señaló su paso una existencia. Procuremos, pues, que vuelva de vez en cuando á retoñar en los oídos el nombre de los muertos que merecieron, ya que no la inmortalidad, á tan pocos reservada, una muerte menos completa, un aniquilamiento menos profundo.

Guillermo Forteza valía de veras. Pero á la manera que el Rector de Vallfogona, con cuya alegre fama compara el biógrafo de Forteza la que éste dejó en Mallorca, vale más, aunque sea menos conocido, por sus poesías serias, que por sus gracias y chascarrillos, falsos ó auténticos, así Forteza merece por sus obras un concepto más favorable, ó por lo menos más serio, del que de él hacen formar las anécdotas y ocurrencias que se le atribuyen.

Forteza había nacido escritor. Poesía el dón, no tan común como les parece á los lectores superficiales, de escribir con claridad, y al propio tiempo con elegancia. Figúranse muchos que para escribir bien basta pensar con claridad y tener conciencia distinta de lo que se piense. El mismo Forteza parecía como que se inclinase á semejante opinión cuando escribía de Capmany: «Distínguese también por la transparencia de los conceptos límpidamente reflejados en su estilo. La falta de tan preciosa cualidad arguye por lo común una concepción incompleta.

En efecto: á muchos se les antoja lumbre clara y distinta cierta luz crepuscular que asoma en el espíritu y anuncia el nacimiento de una idea. Por esto la huella nebulosa que imprimen en su estilo corresponde á la oscuridad de su mente.»

Nó, no bastan el dón de inventar ni la claridad interna en la concepción para hacer un escritor. Quien tales dotes posea será un pensador, pero no será un escritor con sólo ellas. Para saber escribir se requiere algo más que saber pensar. Se requiere la intuición natural que hace descubrir el vocablo oportuno, el giro expresivo, la frase característica, ese que indefinible que amplía sin exuberancia, que condensa sin raquitismo, que da á la palabra gramatical un valor ideológico proveniente hasta de su colocación en un punto dado de la cláusula, ese no sé qué, en una palabra, que lo dice todo pero ni menos ni más que todo. Se necesita, á la vez, con la claridad y con la precisión, el dón de lo que llaman tropos los retóricos de la escuela, ó sean, traslaciones de sentido así de la dicción como del pensamiento, mas no traslaciones violentas ó rebuscadas, de esas que aparecen en la frase como un adorno postizo, sino de aquellas otras que la avaloran, que son como el rojo de la sangre merced al cual cobran vigor y lozanía las mejillas de la viviente estatua que llamamos mujer hermosa.

Mas ¿á qué frases? ¿Dónde mejor ejemplo que el mismo párrafo que antes hemos copiado de Forteza, cuya comparación final de tan bella manera, no diremos aclara el concepto, pero sí le da realce haciéndole entrar á la vez que por la inteligencia, por los sentidos del lector?

Los artículos de Forteza abundan en matices y en claridades de este género, demostrando á cada paso que en él, sin detrimento de las dotes de pensador, antes complementándolas, concurrían las condiciones todas que caracterizan al escritor y al estilista. Tantas citas pudiéramos aducir en comprobación de semejante aserto, que lo menos hacedero es elegir. Hablando de *La Campana de la Almudaina* dice que en ella *estalla el diálogo con reconcentrada energía, la palabra hierve sin soltar el freno á su expansivo impulso*. ¡Cuán bello, cuán expresivo es ese diálogo que *estalla*, esa palabra que *hierve*! Decía en otra parte hablando de los líricos románticos: *otros mojando sus plumas en sangre del corazón supieron engalanar con la púrpura rozagante de nuestra rima el lirismo de aquella época*, etc. ¿Y aquella otra frase que sólo un escritor de veras es capaz de hallar: *cuando Roma, cansada de producir héroes, apenas acertaba á producir hombres*? No cabe caracterizar mejor todo un período histórico.

Tales primores de frase eran ingénitos en Forteza, frutos espontáneos de un talento distinguido y de una natural intuición de las leyes del buen gusto. Á la edad de 26 años escribía su estudio sobre Capmany, premiado por la Academia de Buenas Letras de Barcelona; premiábale la de Sevilla el año siguiente *La influencia de la novela en las costumbres*, y ya entrambos trabajos revelaban en su autor una madurez de estilo poco común en una edad como aquella en la cual la fogosidad aún no domada de la imaginación arrastra insensiblemente á la incontinencia y á la indisciplina literaria.

¿Qué mucho, pues, que quien de tal suerte sabía ser crítico de sí propio, aplicase á la crítica de los demás una sagacidad y una discreción que, no dadas, como no lo eran en él, por los años, habían de ser debidas forzosamente al favor de la naturaleza?

Léanse los párrafos que en el segundo de los estudios citados dedica Forteza á fijar el valor trascendental de la novela de costumbres:

«El trato habitual con la sociedad, escribe, influye en nosotros de una manera superficial é imperceptible. Ni la sagacidad observadora es dón otorgado al común de las gentes, ni las costumbres sociales se presentan á menudo bajo un punto

de vista plástico, ó digamos, convergente, como los rayos solares que se reúnen y unifican en un foco de cristal, para que causen en nosotros una impresión enérgica y profunda. Raras veces la observación cotidiana y vulgar acierta á descubrir los resortes internos que mueven á la sociedad; rarísimas logra ver pintorescamente contrastados los caracteres que en ella resaltan, y agrupados de una manera típica los rasgos, perdidos entre la multitud, de la infinita variedad de fisonomías morales que aquella sin tasa ni agotamiento ofrece. Esta percepción, analizadora al principio y sintética después, pertenece al dominio del artista y del escritor, y en ella se cifra su mayor y más preciada gloria. No se nos tilde, pues, de paradójales si afirmamos que una novela de costumbres briosamente escrita por un genio observador puede impresionarnos con más viveza que el espectáculo ordinario y frío de las costumbres mismas.»

Hé ahí en breves cuanto sustanciosas palabras descrito y estudiado un fenómeno social y estético que hemos observado todos pero que pocos sabrían caracterizar con la precisión y limpidez de Forteza. Los que estamos acostumbrados á escribir sabemos cuánto cuesta conseguir la difícil facilidad de observación y exposición de que hacen gala los párrafos transcritos.

Como puede colegirse de sólo esa insignificante muestra, Forteza aportaba á sus trabajos de crítico, únicos que podemos juzgar por ahora como únicos comprendidos en el tomo I de sus *Obras*, una perspicacia y una finura de discernimiento por todo extremo notables. Merced á ellas sabía descubrir y poner á los ojos del vulgo las bellezas internas de la obra que analizaba, esas bellezas que la lectura ó la audición superficial dejan inadvertidas muchas veces y en las cuales se cifra, sin embargo, cuasi siempre, el mérito principal de la propia obra. No hay que decir que esta es la misión del crítico, especie de *cicerone* ilustrado que enseña al viajero superficial un monumento desconocido y le hace fijar la atención en la euritmia de sus cuerpos componentes, en la esbeltez de sus proporciones, en la hermosura de sus detalles, ó ya pone á su vista la portada discordante, la dureza de esta línea, lo anti-estético de aquel aditamento.

Testigos de la sagaz intuición crítica de Forteza son, por ejemplo, los dos artículos sobre *La Campana de la Almudaina* y *La espada y el laud*, dramas de su compatriota Palou, en especial los párrafos que en el estudio del último dedica á caracterizar la figura del protagonista Ausias March. Testigo su análisis de *La Gaviota* en el artículo que en defensa de Fernán Caballero escribió contra D. Luís María Samper. Testigo, por fin, para no citar todos sus trabajos, el juicio de *El mal apóstol y el buen ladrón* de Hartzembusch.

Pero Forteza tenía además otra cualidad de que procuran despojarse ciertos críticos ó poco seguros de sí mismos ó harto pedantes para no querer parecerse al común de los mortales de buen gusto. El amor de lo bello, como todo lo que sea amor, es expansivo, es ardiente, necesita desahogarse en frases caldeadas por la emoción, por el placer que produce la contemplación del objeto amado. Forteza sabía entusiasmarse á tiempo, sin que enfriasen su fervor las reservas que también á tiempo le imponía su acendrado buen gusto, y que, sin mengua de su entusiasmo, sabía hacer y justificar. ¡Con qué entusiasmo juzga los dramas de Palou y de Hartzembusch que hemos citado! ¡Con qué entusiasmo tan simpático juzga *El tanto por ciento* de Ayala, oponiendo á la envidia de los detractores del poeta el empuje irresistible de su franco aplauso!

Donde se manifiesta claramente su entusiasmo, por más que tampoco allí excluya la cordura que la imparcialidad requería, es cuando habla de su patria. Su descripción de Mallorca es un fragmento de estilo poético verdaderamente clásico, y su juicio sobre el carácter de los mallorquines en general

merece ser meditado por sus paisanos. Uno y otro fragmento transcribiríamos aquí si no retrocediéramos ante el temor de alargar el presente artículo. Largo ó no largo, no sabemos, con todo, resistir la tentación de copiar, del estudio que nos ocupa en este momento, el juicio sobre un poeta muy conocido en Barcelona, juicio que acaso pinte mejor á Forteza que al juzgado, y que, sobre todo, pinta más en éste al hombre que al poeta. Es un fragmento que estoy seguro de que será leído con gusto:

«Miguel Victoriano Amer, escribe Forteza en *La poesía contemporánea en Mallorca*, sólo ha necesitado rimar los latidos de su corazón para despertar en los agenos dulce y tierna consonancia. Con dos alas de oro se eleva su musa á las regiones de luz, con la caridad y con la esperanza. Blando, apacible, resignado, sus versos son por decirlo así, *la tranquila respiración de su alma*. ¡Feliz quien la tiene tan hermosa como Miguel Victoriano! ¡Feliz quien, como él, no sabe cantar sin mirar el cielo ni mirar el cielo sin cantar!»

Modelo de estilo levantado es este párrafo, de cuyo valor tendría Forteza clara conciencia puesto que al escribirlo en el estudio citado no hacía más que copiarlo al pié de la letra del que escribiera antes sobre *La Campana de la Almudaina*. Otros juicios sobre poetas mallorquines merecen también ser leídos, descollando en primer término el que dedica á Tomás Aguiló, fragmento de crítica humorística que pocos sabrían escribir.

Lo notable del juicio sobre Tomás Aguiló es el acierto con que precisa en breves palabras las condiciones que ha de reunir la poesía lírica amorosa. Podrían entresacarse de sus artículos una porción de consideraciones generales que nos demostrarían que había en Forteza algo más que un crítico de impresión, de esos que juzgan de un autor ó de una obra según la que de momento les produce la lectura; que había al propio tiempo en él un teórico que sabía reflexionar sobre las condiciones fundamentales de los diversos géneros literarios, y descubrir, mediante esa reflexión, las leyes generales de la estética aplicada. Ayudábale sin duda á ello su conocimiento de la historia literaria, sobre todo de la clásica castellana. Muy á fondo debió de estudiarla quien escribió el juicio de la novela cabaleresca y del *Quijote*, que se lee en su memoria sobre *La Influencia de la novela*, ó los apuntes sobre *Oratoria sagrada*.

No era, sin embargo, Forteza sobrado amigo de las generalidades críticas, limitándose á apelar á ellas cuando lo demandaba la ocasión muy estrechamente. La tendencia de su juicio era más analítica que sintética. Huía de las generalizaciones, de las síntesis, y aún deja traslucir, según el tono en que de ellas habla, que huía más que por desconfianza de sí propio por desconfianza de ellas. ¿Ni qué miedo habían de inspirarle á quien de una manera tan magistral como él, en solas dos páginas en 8.º de su estudio sobre Capmany, resumía los sucesivos caracteres de la prosa castellana desde la aparición de ésta á la plena vida literaria hasta los tiempos restauradores de Carlos III?

Su ojeriza á las grandes síntesis era en él una tendencia, innata sin duda, pero reflexiva luégo y deliberadamente seguida.

«Excelente escuela crítica, decía hablando de la sintética—y aduzco esta cita por lo que ayuda á caracterizar á Forteza,—si no pecase á menudo de vaga y paradójal, si fuese menos ocasionada á convertir sus juicios en abstracciones, si su objeto principal no le sirviese con frecuencia de pretexto para formular teorías más deslumbradoras que ciertas y aplicables.»

La tendencia de Forteza al análisis se manifiesta ya en él vivaz y decidida desde su primer paso en la carrera literaria, ó sea, en el tantas veces citado estudio sobre *Capmany*. En vez de lanzarse á generalidades acerca de la época en que vivió este escritor, en vez de estudiar sus obras en conjunto

buscando en las diversas fases de su actividad intelectual los caracteres de unidad de su superior inteligencia, Forteza restringe los horizontes de su trabajo y analiza las obras de Capmany una por una, dejando, por decirlo así, que el lector proceda de por sí al trabajo de reconstitución de la figura. Es, *si licet tenuis comparare grandia*, el procedimiento crítico de Sainte-Beuve en contraposición al de Lord Macaulay, los dos prototipos, en mi concepto, de la crítica literaria de alta escuela.

El estudio sobre Capmany no tiene interés solamente por tratarse de quien se trata, sino porque tal vez explique la dirección que tomó *in principio*, aparte de que á ello propendiese naturalmente, la inteligencia de Forteza. También Capmany era un analizador. Forteza es quien nos lo dice. Forteza estudió sus obras, entre ellas y principalmente las de crítica literaria, en esa edad de los 25 años en que el cerebro está todavía tan blando á las impresiones del estudio. ¿Ni cómo sustraerse al contagio de escritor, como Capmany, de verdaderas pasiones literarias, tan pasiones que aun en su vejez llegaron á monomanías, y que, por consiguiente, sobre escribir muy bien, escribía con un calor comunicativo irresistible?

De él aprendió sin duda Forteza su afición entrañable á los clásicos castellanos, afición tan extrema que, si no recuerdo mal, le llevaba á copiar para su particular recreo en un cuaderno que tal vez exista todavía, los trozos que más le gustaban de los escritores místicos. De él aprendió sin duda el españolismo literario, esto es, la afición á lo nacional, á lo característico, afición que no disimulaba en ocasión alguna y que se manifestaba sobre todo franca y abierta al hablar de una de sus preocupaciones más culminantes, del teatro clásico, de «aquel criadero de incomparable poesía, como decía él, aquel palacio encantado de la imaginación, aquella palestra de las pasiones más sublimes, aquel paraíso del pensamiento nacional que, galeote sin ventura de todas las tiranías, allí sólo encontraba refugio deleitable, aquel teatro español de veneranda y gloriosísima memoria, hoy vergüenza de propios y menosprecio de extraños.»

Forteza, al decir de sus amigos, poseía condiciones especiales para el género satírico y humorístico. Su sátira y su humorismo, á juzgar por lo que de él se cuenta, propendían más á la invectiva amarga que á la risueña cabriola del escritor ligero. No podemos comprobar lo que haya de cierto en tales apreciaciones mientras no conozcamos el tomo II de sus *Obras* que habrá de comprender sus poesías y artículos propiamente literarios ó de imaginación. Vislúmbrense acá y acullá, es cierto, en sus artículos críticos, destellos de aquella inclinación, pero no son más que destellos.

Suspendamos, pues, el juicio acerca de este punto, por más de que abriguemos el temor de que sus obras no han de revelarnos más que una parte insignificante de su personalidad. Forteza era de aquellos escritores que, con valer mucho por lo que han escrito, valen todavía más por lo que hubieran podido escribir; fuerzas intelectuales que en vez de concentrarse en un solo punto de aplicación, ó se pierden en el vacío, ó irradian en mil direcciones diversas, haciendo de esta suerte estéril la energía que en sí entrañan. ¿Á qué se debió? Era pereza intelectual nativa? ¿Acaso alguna herida profunda en el corazón mató en flor sus esperanzas y sus ilusiones, y le encenagó de por vida en esa especie de embriaguez moral á que se entregan los temperamentos débiles y demasiado sensibles cuando se ven contrariados en sus afecciones más hondas? Misterio es este cuya clave tal vez no nos sería difícil hallar. Ello es cierto que en el mundo hay más románticos de lo que se figuran los clásicos.



Ya esquivo y arrogante
el imberbe doncel huye del lado
de la niña gentil cuando él nacida,

J. O. WALLIN

SCHILLER

FERNANDEZ DE ANDRADA



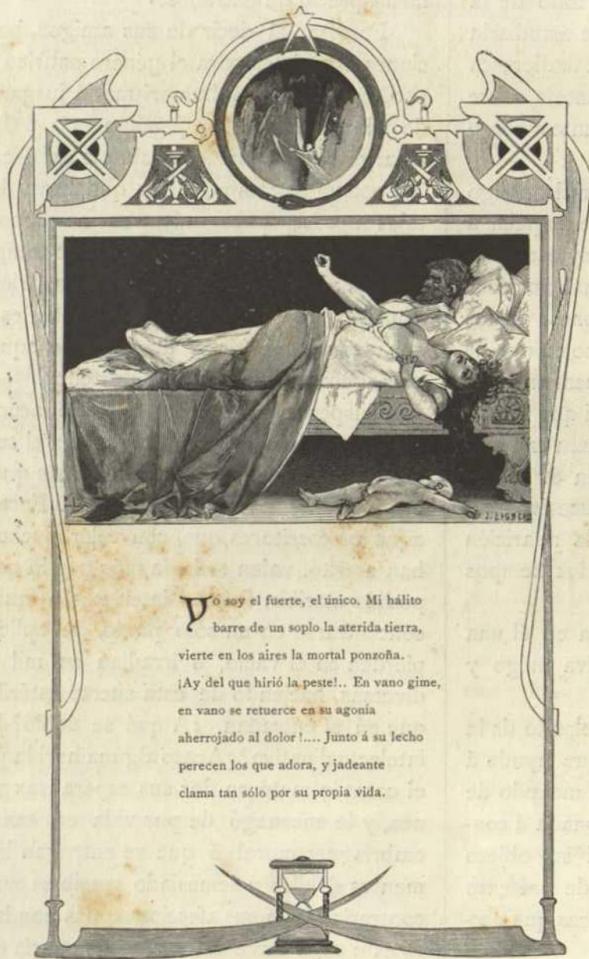
y al borrascoso golfo de la vida
lanzándose impaciente,
con el báculo se arma del viajero,
vaga de tierra en tierra diferente,
y al techo paternal vuelve extranjero.

TRES POESIAS

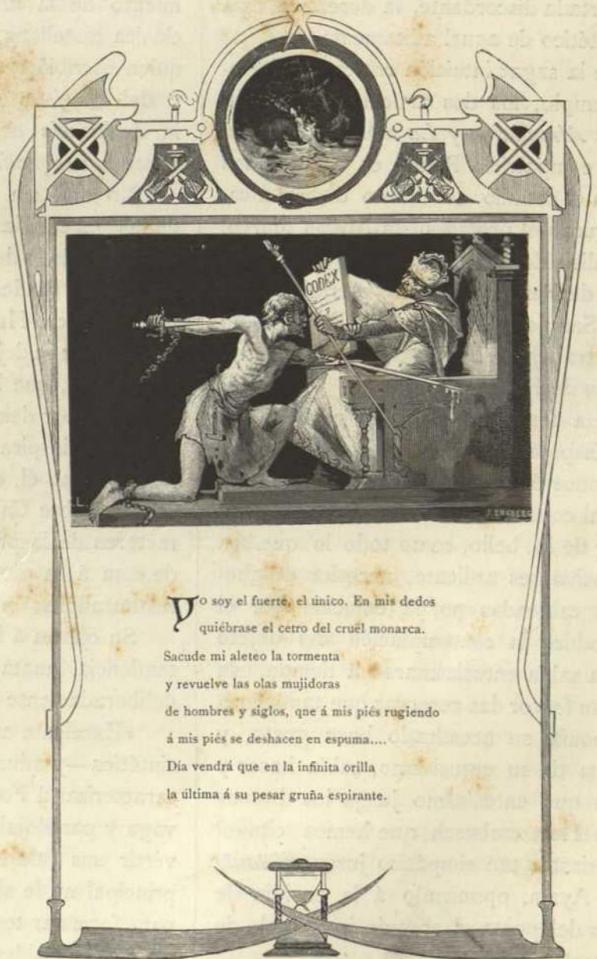
EL ANGEL DE LA MUERTE * CANCIÓN DE LA CAMPANA * EPÍSTOLA MORAL

CON ORLAS DE

CARLOS LARSSON * A. LIEZEN MAYER * ROBERTO SEITZ * ALEJANDRO RIQUER



Yo soy el fuerte, el único. Mi hábito
barre de un soplo la aterida tierra,
vierte en los aires la mortal ponzoña.
¡Ay del que hirió la peste!.. En vano gime,
en vano se retuerce en su agonía
aherrojado al dolor!... Junto á su lecho
perecen los que adora, y jadeante
clama tan sólo por su propia vida.



Yo soy el fuerte, el único. En mis dedos
quiebrase el cetro del cruel monarca.
Sacude mi aleteo la tormenta
y revuelve las olas mujidoras
de hombres y siglos, que á mis piés rugiendo
á mis piés se deshacen en espuma....
Día vendrá que en la infinita orilla
la última á su pesar gruña espirante.

E. DOMENECH Y C.^a — BARCELONA